

FRAGILIDAD

De golpe, el virus ha alimentado un sentimiento de fragilidad. Las sociedades occidentales se sentían seguras. En los últimos 70 años las guerras han tenido lugar en países externos (aunque el conflicto yugoslavo estaba ahí al lado), la tecnología y los avances científicos nos daban seguridad. Aunque ya hacía tiempo que el paro, la precariedad y la vivienda estaban generando grandes espacios de inseguridad. Pero como son cuestiones que afectan a los grupos más desfavorecidos de la sociedad, para mucha gente está también era una preocupación lejana.

La pandemia introduce otras formas de inseguridad. No se sabe cómo ponerle barreras. Afecta de forma aleatoria. No tanto, los pobres son los que padecen los peores estragos. Pero también llega a gente bien. Estos días hemos asistido, también, a una copiosa lista de fallecidos entre las élites. Y, sobre todo, ha sido capaz de bloquear todo un complejo artefacto tecno-productivo. Debería servir para tomar nota de la verdadera naturaleza de nuestra estructura productiva y social. De una enorme complejidad y sofisticación, de un avanzado desarrollo tecnológico, con una enorme capacidad de satisfacer caprichos. Pero con una enorme capacidad de desestabilización, de parálisis y de inflexibilidad frente a múltiples acontecimientos. La crisis económica de 2008 ya lo demostró, en pocos días se derrumbó el sistema financiero mundial, uno de los artefactos más complejos, donde trabajan las élites mejor pagadas y se utiliza tecnología de punta. Lo hemos visto, de forma menos general, en diferentes fallos de la red eléctrica que han provocado crisis en territorios extensos. Y ahora lo volvemos a experimentar a lo bestia. Todo lo que sabemos de los problemas ecológicos, de la economía financiera, de la demografía apuntan a que existen muchos candidatos a repetir los colapsos. La fragilidad no es sólo cosa de sociedades pobres. Aunque, parafraseando a Orwell, unas son más iguales que otras.

Saber de nuestra fragilidad puede tener consecuencias diversas. La respuesta más racional es la de tratar de adaptar nuestro sistema productivo, nuestro modelo de consumo, nuestro sistema social a situaciones que reduzcan la fragilidad de todo este entramado, multiplicando la cooperación, la solidaridad y la creación de soluciones que minimicen riesgos y faciliten las respuestas. Pero no siempre la racionalidad se impone. Ante el miedo a la fragilidad hay también la posibilidad de las respuestas guiadas por el miedo y el egoísmo, la de buscar soluciones privadas, o ponerse bajo la protección de alguien que nos vende seguridad. Es lo que lleva pregonando la extrema derecha mundial con bastante éxito de público. Una buena parte del futuro de la humanidad dependerá que respuesta predomine a este nuevo sentimiento de fragilidad. De cómo las respuestas políticas, y sociales se orientan hacia el bienestar colectivo o dan nuevos pasos hacia la barbarie.